

CUADERNO DE TRABAJO N° 53

CAMPESINADO Y CAPITALISMO EN EL PERÚ

Aproximaciones a partir de la crítica de la economía política

Abril, 2020

Compilador y editor:

Guillermo Rochabrún

Investigadoras

Bibiana Maza

María Isabel Remy

María Gabriela Vega

DEPARTAMENTO
ACADÉMICO DE
CIENCIAS SOCIALES



PUCP

DEPARTAMENTO
ACADÉMICO DE
CIENCIAS SOCIALES



PUCP

CUADERNO DE TRABAJO N° 53

CAMPESINADO Y CAPITALISMO EN EL PERÚ

Aproximaciones a partir de la crítica de la economía política

Introducción, compilación y edición:

Guillermo Rochabrún

Autoras (estudiantes):

María Gabriela Vega

María Isabel Remy

Bibiana Maza

(Edición original, enero 1976)

Abril 2020

Compilador y editor:

Guillermo Rochabrún

Autoras

Bibiana Maza

María Isabel Remy

María Gabriela Vega

Editado por la Pontificia Universidad Católica del Perú
Departamento Académico de Ciencias Sociales, 2020
Av. Universitaria 1801, Lima 32 – Perú
Teléfono: (51-1) 626-2000 anexo 4300
dptoccss@pucp.edu.pe

Bibiana Maza
María Isabel Remy
María Gabriela Vega

CAMPESINADO Y CAPITALISMO EN EL PERÚ
Aproximaciones a partir de la crítica de la economía
política

Lima, Departamento Académico de Ciencias Sociales, 2019

Diseño y diagramación: **K&J** Soluciones Gráficas de Elit León Atauqui
Calle Santa Francisca Romana 395, Lima
Teléfono: 657-1260
Correo electrónico: elit.leon@gmail.com

Primera edición digital, Abril 2020
ISBN: 978-612-48184-6-2

Publicación disponible en: <http://departamento.pucp.edu.pe/ciencias-sociales/>

Nota a la presente edición

El presente cuaderno de trabajo reproduce fielmente la publicación que, con el mismo nombre, hiciera el Área de Sociología del Programa Académico de Ciencias Sociales, a través de la serie “Teoría y Metodología” en enero de 1976.

Se vuelve a publicar debido al renovado interés que hay en la actualidad en la confluencia entre economía, sociedad y política en el estudio de la problemática nacional, y considerando la calidad de los trabajos entonces incluidos.

Agradecemos la concurrencia desinteresada de los alumnos Jesús Alfredo Campos Burgos (Historia), Gino Canales Rengifo (Estudios teóricos y críticos) y Sebastián Alonso Mora Ruíz (Sociología), integrantes del “Círculo Alberto Flores-Galindo”, por su prolija transcripción de los textos. [G.R.]

ABSTRACT (2020)

La economía campesina en el Perú no es un “residuo pre-capitalista”, por dos grandes órdenes de circunstancias. De un lado, no lo es en la medida en que el capitalismo en el país ha encontrado límites tanto externos como internos a su expansión, límites en cuanto a su extensión como en su profundidad. Del otro, porque existen y continúan reproduciéndose relaciones de producción específicas incrustadas en un denso mundo socio-cultural, constituido en un entorno natural, social y político que obliga a la defensa colectiva, y al manejo en común de condiciones generales de producción.

Se trata de relaciones que, a falta de un mejor término, podrían denominarse de “reciprocidad”. Sin embargo no se trata de ninguna predisposición “socialista”, pues entran en acción solamente para ciertos efectos. El campesino al mismo tiempo puede ser muy “individualista”, pero tampoco se trata de un individualismo pro-capitalista. Su propiedad es una propiedad personal, que excluye procesos de proletarización, así como la formación de un mercado de tierras, internos a comunidades y poblados. (G.R.)

Índice

Introducción	7
I. Algunos Planteamientos sobre Economía Campesina y Capitalismo en el Perú	9
Introducción.....	9
1.1 Qué entender por autosubsistencia.....	10
1.2 Aspectos históricos	11
1.2.1 La Emergencia del Capitalismo	14
1.3 Las implicancias del capitalismo para la economía de autosubsistencia ...	15
1.4 El sector de autosubsistencia en el circuito del capital	20
1.4.1 Campo y ciudad: proletariado urbano y campesinado	22
II. Proceso y Límites de la Proletarización en la Hacienda Ganadera Laive.....	25
Introducción.....	25
2.1 La hacienda Laive (1920-1940). Racionalización de la producción	26
2.2 Relaciones al interior de la hacienda Laive.....	27
2.2.1 Ganado Huaccha en Propiedad de los Pastores.....	27
2.2.2 Intentos por Parte de la Hacienda para Eliminar el Ganado Huaccha	29
2.2.2.1 A qué necesidades respondía la eliminación de las huacchas	29
2.3 Límites a una total proletarización de la fuerza de trabajo. Competencia por mano de obra. Mercado incipiente	31
2.4 Conclusiones.....	35
III. Notas sobre la Idiosincrasia Campesina	37
3.1 La tierra y el trabajo en la ideología campesina	37
3.1.1 La Tierra:.....	39
3.2 El Individualismo Histórico.....	40
3.3 Cosecha: inseguridad y religiosidad mágica	42
3.4 La tradición	43
3.5 Las necesidades de dinero.....	49

Introducción

Los trabajos aquí reunidos se proyectan hacia la formulación de una idea central. A saber, que la economía campesina no es un “residuo pre-capitalista” paulatinamente erradicado por el avance del mercado y de una producción industrial. Es, por el contrario, el fundamento material de un tipo de relaciones sociales diferentes a las relaciones capitalistas (las relaciones de *valor*), y que en eso fundan su persistencia. Podemos llamarlas provisoriamente, relaciones de reciprocidad, si bien escuetamente enunciado el término queda todavía carente de determinaciones específicas.

Esta idea tiene muchas implicancias. Por un lado, cuestiona la posibilidad de un desarrollo capitalista para estas formas sociales; por otro descarta una destrucción completa, o la “erradicación” del pre-capitalismo. Por tanto, las relaciones sociales de la economía campesina se erigen a la vez como condición y como freno a las distintas formas de funcionamiento del capitalismo dependiente en el país.

Como se muestra en estos ensayos, las relaciones sociales presentes en latifundios, comunidades y minifundios, *redefinen* las determinaciones del capitalismo, les imponen ciertas condiciones al interior de la economía campesina, y a su vez estas condiciones repercuten en el funcionamiento general del capitalismo en la economía nacional. Así por ejemplo, el dinero no solo no opera como capital en manos de estos sectores campesinos, generalmente, sino que *a la vez* que actúa como medio de cambio y medio de pago, forma parte de relaciones de reciprocidad.

En el caso de los latifundios ganaderos, la posesión del ganado “huacha” por los pastores, actúa simultáneamente como condición para el funcionamiento de la hacienda capitalistamente organizada, y como un límite a su expansión. Los incentivos en dinero no serán un medio eficaz para eliminar este ganado.

Hay pues, una *resistencia* campesina anclada en la irreductibilidad de relaciones sociales –y relaciones de producción– diferentes a las relaciones de valor, y enlazadas contradictoriamente con las determinaciones capitalistas –portadoras de valor. Este entrelazamiento implica simultáneamente la dominación política sobre los campesinos, y la “adaptación” de éstos a las nuevas condiciones que el capitalismo les impone. El capitalismo no es omnipotente frente a esta realidad; esto determina un campo de contradicciones específicas: una frontera social al capitalismo, frontera en permanente deterioro y por la que éste se filtra, donde se ensayan distintas formas de defensa y lucha.

De ahí que en estos trabajos se explore la naturaleza de la economía campesina –especialmente en el latifundio y el minifundio–, en razón de qué

determinaciones propias expresa el comportamiento de los campesinos y cómo ese comportamiento modifica las determinaciones del capital. Una perspectiva de estos alcances exige superar las apariencias: detrás de los precios encontrar las relaciones de dominación y explotación; detrás de la apariencia monetaria encontrar las relaciones de reciprocidad; detrás de los “sectores” urbano y rural, las clases sociales y la acumulación de capital; detrás del “individualismo campesino”, la defensa de una autonomía de clase frente al latifundio, en lugar de aspiraciones “pequeño-burguesas”; detrás del “salario”, relaciones de producción no capitalistas en haciendas capitalistamente organizadas.

Así mismo, esta dialéctica entre apariencia y fundamento guarda estrecha relación con el develamiento de contradicciones específicas, y constituye una pista para encontrar las expresiones políticas que han venido teniendo, así como las que podrán tener en el futuro.

Es preciso hacer algunos comentarios metodológicos finales. Los trabajos aquí incluidos, o son estudios de casos o se apoyan en experiencias de investigación, y en tal sentido los respalda un bagaje empírico preciso y específico. Sin embargo, lo que es particularmente relevante es la manera como esa base empírica ha sido procesada; el esfuerzo por reunir y organizar las apariencias buscando superarlas sobre la base de sí mismas. En suma, ejercer el materialismo histórico y especialmente *El Capital* como *crítica* de las apariencias, como hilo conductor para *razonar la realidad* críticamente. Por lo tanto el avance en el conocimiento de los temas aquí tratados no puede darse contraponiéndoles “datos” diferentes –que los hay–, sino oponiéndoles *razonamientos* distintos sobre realidades similares.

Esperamos que esta publicación promueva discusiones necesarias, que permitan avanzar en la comprensión de estos problemas.

Enero, 1976

Guillermo Rochabrún



I. ALGUNOS PLANTEAMIENTOS SOBRE ECONOMÍA CAMPESINA Y CAPITALISMO EN EL PERÚ

María Gabriela Vega G.

Introducción

Debo advertir que cuando me refiero al sector de “autosubsistencia dentro de nuestra formación histórico-social, incluyo únicamente a las comunidades campesinas, caseríos de pequeños propietarios y minifundistas, en los que el ciclo de producción e intercambio de mercancías a través del mercado (mediante el circuito M_1 -D- M_2), se desarrolla como parte de la producción campesina, *sin agotarla*. Esto último quiere decir que el consumo de la unidad campesina se da aún sin este circuito que integra al pequeño productor con el mercado nacional. Este es el caso, entre otros, de las comunidades de la Quebrada de Chaupiwara en la zona de cerro de Pasco y Huánuco, intensamente estudiadas en una perspectiva antropológica¹, de algunos caseríos de las partes altas del distrito de San Marcos en Cajamarca, conocidos directamente; y de muchas otras, cuya “autosubsistencia” forma parte de nuestra formación social.

En este trabajo nos referimos al circuito de intercambio simple (M_1 -D- M_2) para la producción de autosubsistencia, como el que define la integración del campesino en el mercado, siendo “ M_1 ” la producción de los sectores de autoconsumo (agrícola y artesanal), y su fuerza de trabajo. “D” es el dinero que circula como medio de cambio y medio de pago, que en manos del campesino reingresa al mercado a cambio de ciertos valores de uso –“ M_2 ”, necesarios para la reproducción social del sector de autosubsistencia. Es decir, el ciclo en el que para el campesino la búsqueda de dinero no es un fin en sí, un valor de cambio acumulable, sino un medio de conversión en valores de uso específicos y necesarios.

¹ Mayer, Enrique: “Un carnero por un Saco de Papas” XXXIX Congreso Internacional de Americanistas. Lima, 1970.

Tal como lo mostraremos más adelante, la autosubsistencia se organiza alrededor de un control directo e indirecto de los recursos productivos en el que entran las relaciones de reciprocidad, y en el que la propiedad no asume el mismo significado que en las relaciones capitalistas.

1.1 Qué entender por autosubsistencia

Cuando hablamos de “autosubsistencia” nos referimos a un fenómeno social concreto, históricamente específico, que ha venido transformando y redefiniendo sus propias determinaciones. Un ideal de autosubsistencia como el que podía orientar la actividad económica y social en los ayllus y comunidades, no tiene hoy en día las condiciones materiales e históricas para seguir existiendo. Señalar hoy que la autosubsistencia y la organización de relaciones sociales que las caracterizan, se perpetúan en las relaciones entre pequeños propietarios y minifundistas y en las comunidades, es referirse a procesos estructurales que han tenido un desarrollo histórico concreto en el que esta economía se puso en contacto con un contexto histórico mundial con la conquista de América. Si hablamos de autosubsistencia hoy, es porque tales relaciones sociales persisten, dando marco a las condiciones de existencia de gran parte del campesinado en nuestro país, y no porque signifiquen un “rezago” de relaciones tradicionales o arcaicas.

En tal sentido, por autosubsistencia entendemos un modo de organización social para la producción y reproducción de la vida social. El sistema que sustenta esta organización tiene sus bases materiales en el *control directo* de los recursos de producción: acceso a la tierra, a los instrumentos de producción, etc. Esto se relaciona con el patrón territorial de organización para el acceso a la producción de distintos pisos ecológicos, como forma de obtener mayor diferenciación en el consumo –en diferentes pisos se produce para todo el año combinando diversos ciclos productivos–, defensa contra heladas, escasez de agua, etc.

Sin embargo, los grupos organizados en autosubsistencia no se sostienen únicamente en los recursos que controlan directamente, ni la organización de la producción se rige por el criterio técnico de que “el campesino produce todo lo que consume”. La autosubsistencia está definida por un tipo de organización social de las relaciones entre los miembros de una comunidad y entre varias comunidades que establecen la *reciprocidad* y la redistribución de los recursos a los que tienen acceso. Definen así una forma de acceso *indirecto*, o institucional, a los bienes y servicios que requieren para completar su ciclo de reproducción –social– de la vida material.

Las formas de reciprocidad y redistribución organizan el tiempo socialmente disponible de la comunidad o grupos comunales; es decir, no se trata del intercambio recíproco o de la organización redistributiva en otras de infraestructura, trabajo en tierras comunales, etc. de un tiempo excedente o no necesario. Según el momento histórico en cuestión, la redistribución se organiza a través de la autoridad política de la comunidad: señores étnicos locales, jefes de comunidad, kuracas, Estado Inca, etc.

Hoy en día la autosubsistencia ha internalizado las relaciones de mercado, la producción de mercancías, y diversos procesos de limitación y depredación de sus recursos que impone el desarrollo capitalista en los sectores más tradicionales del agro peruano. Pero por las razones antedichas y que más adelante serán desarrolladas, *sigue siendo* una economía de autosubsistencia. Es necesario hacer una revisión histórica de los procesos que han transformado sus condiciones internas y frente a los cuales la economía de autosubsistencia ha redefinido su estructura interna para asegurar su continuidad.

1.2 Aspectos históricos

Mientras que en Europa se desarrollaba una economía feudal, de la que se desarrollaría el capitalismo, América seguía otro proceso histórico. En particular en lo que hoy es territorio peruano, la organización social y económica de la vida social tenía la expresión en el ayllu, unidad de autosubsistencia de la sociedad pre incaica, que se mantiene bajo la organización del Estado Inca, con los cambios que supone la organización territorial y del trabajo para mantener a las capas dedicadas al culto, la guerra y la administración, así como para las obras de infraestructura: irrigación y caminos.

La autosubsistencia de las comunidades en la sociedad Inca se define a través de la organización social de la producción agrícola; la comunidad o ayllu mantiene las relaciones de reciprocidad en la disposición del tiempo socialmente necesario para la reproducción de la vida material. Tales relaciones se sustentan en el control comunal de los recursos, distribuidos (en posesión) a los ayllus y trabajados a través de relaciones de parentesco. John Murra señala el patrón territorial de la organización de la economía con la noción de “control vertical de un máximo de pisos ecológicos”, que define el acceso de la comunidad a los recursos de producción de otras zonas ecológicas para el consumo de autosubsistencia².

2 Murra, J.: El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas, en *Formaciones Económicas y Políticas del Mundo Andino*, p. 59-115, IEP. Lima, 1975.

Esta forma de organización de los recursos –propiedad comunal de la tierra, a la que corresponde un régimen colectivo de trabajo (waje-waje, allapakuy, minka)– es aún anterior al Estado Inca, pero fueron organizados por éste en un nuevo reparto tanto del territorio, estableciendo tierras dedicadas al culto y al Inca, como del tiempo socialmente necesario de los ayllus, del que el Estado se apropiaba para su propia mantención en trabajos en las tierras y al servicios del Inca y del culto, y lo organizaba redistribuyéndolo en irrigaciones, caminos, etc., a través de instancias políticas intermedias (kuracas).

Tal apropiación y organización sustenta el poder económico y administrativo del Estado y su redistribución a través de la organización social del tiempo para obras de infraestructura.

Esta forma de control de los recursos no necesita del *mercado*, como forma de intercambio; sin embargo, esto no niega la posibilidad de otras formas. Enrique Mayer señala esta posibilidad, e incluso el uso de la coca o el maíz como medios de intercambio³. Pero esto no supondría la producción de mercancías –en el sentido establecido por Marx en *El Capital*– ni su libre circulación. Más bien, apoyaría las relaciones de autosubsistencia en condiciones extraordinarias de necesidad de consumo: por ejemplo, malas cosechas en alguna zona. La existencia de este tipo de cambio y los mecanismos de trueque afirmarían la relación social de reciprocidad a través de las relaciones intra o inter-comunales para la reproducción de la comunidad, económica y socialmente.

Los violentos procesos desatados con la conquista y la colonia significan el encuentro y posteriormente el desarrollo estructurado de dos formaciones históricas diferentes.

La búsqueda en América de oro y plata, que será en Europa una de las condiciones de la acumulación originaria de capital, explica la implantación de una economía de extracción minera para la exportación a la metrópoli. Esta economía repercute directamente en las comunidades indígenas, se apropia del tiempo de trabajo necesario de éstas, organizándolo en sistemas de mitajes. Por otro lado, sobre las comunidades repercuten las formas organizativas impuestas por los colonizadores, y los nuevos grupos sociales que tienen presencia en las comunidades. Así tenemos:

-El reparto territorial entre súbditos españoles de las tierras del Inca da lugar a las primeras formas de propiedad privada de los recursos, correspondiendo a un distinto modo de organizar la producción y las relaciones sociales dentro de ésta.

3 Mayer, E.: Las reglas del juego en la reciprocidad andina, en Alberti, G. y Mayer, E.: *Reciprocidad e Intercambio en los Andes Peruanos*, p.37-65, IEP. Lima, 1974.

-El reparto de indios en las encomiendas, que bajo el pretexto de catequización religiosa concede derechos sobre su fuerza de trabajo en haciendas, obrajes, mitas, etc.

-La organización política que se establece regionalmente: los corregimientos, que organizan el control político y económico regional del comercio, y la producción indígena.

-Posteriormente, por un lado, frente a la protesta de algunos españoles ante la explotación a la que se sometía los indios, y sobre todo por la necesidad del Virreynato de contrarrestar el poder feudal adquirido por los corregidores y encomenderos, y de controlar política y económicamente a la población indígena para el pago del diezmo, y para su organización como mano de obra disponible, se decreta por medio de las Ordenanzas 1570-1575, la organización de la población indígena en comunidades. Fernando Fuenzalida señala que este es el origen de la división en mitades y cuarteles observados hoy en algunas comunidades, similares a las comunidades españolas del siglo XVI⁴.

Tres aspectos tienen que destacarse por su impacto en las comunidades:

i) En primer lugar, la introducción de las primeras formas de propiedad privada de los recursos, mediante reparticiones y encomiendas que funcionan dentro de un sistema de relaciones sociales donde los principios comunales de organización de los recursos (básicamente, tierra y trabajo), tienen que redefinirse como una forma de defensa de la economía de autosubsistencia. Comienzan así los procesos de minifundización y privatización de los recursos en este sistema.

ii) En segundo lugar, la principal actividad socio-económica de la población indígena queda afectada. La agricultura decae en términos absolutos durante el período de conquista y la primera parte de la colonia, por las formas de dominación impuestas, que traen consigo la desaparición brusca de una parte de la población, la pérdida de sus recursos, la redefinición de sus prácticas culturales, etc.

iii) Finalmente, los comienzos de la hacienda colonial, que al lado de las concentraciones de población indígena erigen las primeras manifestaciones de la contradicción latifundio-minifundio en el agro peruano.

4 Fuenzalida, Fernando: "La estructura de la comunidad de indígenas tradicional", en Keith, Robert et al.: *La Hacienda, la Comunidad y el campesino en el Perú*, p.61-104, IEP. Lima, 1970

Con la Independencia y comienzos de la República, las comunidades sufren en la legislación la arremetida de la ideología burguesa. En 1824 se establece la propiedad privada de la tierra entre sus usufructuantes, mientras que por otro lado se pone las tierras comunales a la venta. Posteriormente, el sistema de herencia – hasta hoy vigente– en el Código civil de la República establece el reparto igualitario de los bienes entre los sucesores legales.

Estos aspectos legales no hacen sino coronar, a la vez que desatar con más fuerza, los procesos ya iniciados de privatización y minifundización del agro frente a los latifundios; ellos significan la repuesta defensiva de las comunidades a los procesos de despojos y depredación de sus recursos y a las leyes dictadas. Sólo en 1919 se reconoce constitucionalmente la existencia de las comunidades, y en 1933, su integridad territorial, así como la forma comunal de propiedad.

1.2.1 La Emergencia del Capitalismo

El desarrollo de una economía de mercado y las primeras formas de presencia del capital planteaban a las comunidades nuevas exigencias de desarrollo a su ciclo de reproducción de autosubsistencia y a su integración a la economía nacional. La exportación agro-minera generada por los enclaves capitalistas implicaba nuevas condiciones de existencia para las comunidades. Las actividades mineras y de los complejos agro-industriales traían consigo un proceso productivo mercantilizado, cuyo producto y producción forma parte del circuito de capital a nivel internacional. Sin embargo, a comienzos del siglo XX esto ocurre en el agro peruano sin afectar las relaciones de producción situadas bajo la racionalidad de la autosubsistencia; quiere decir que tal mercantilización y los circuitos económicos desarrollados, *integran al agro de autosubsistencia sin afectar sus relaciones de producción*. De este modo, los productos y la fuerza de trabajo campesina participan en los mercados limitados creados por minas y haciendas, teniendo como consecuencias directas para las comunidades y sectores minifundistas: métodos de enganche para extraer fuerza de trabajo campesina en las épocas de mayor actividad económica de minas y haciendas, migraciones temporales, etc.

Posteriormente vendrá la expansión de la industria en el país, con su correlato en la ampliación de la vida urbana. La industria determinará nuevas exigencias mercantiles a la producción agraria: alimentos y materias primas. Con esto el desarrollo del comercio se generaliza, así como también el dinero y la producción bajo la forma mercancía será parte orgánica de la producción en comunidades y minifundios.

Crecientes exigencias de este desarrollo económico industrial, la necesidad de agilizar el circuito económico del capital y el desarrollo de diversas contradicciones de vasto alcance –migración masiva y permanente a las ciudades, invasiones de tierras, sindicalización campesina y diversas reivindicaciones potencialmente políticas–plantearán más adelante la necesidad de una Reforma Agraria que reorganice y racionalice la participación del agro en la acumulación de capital. Cabe anotar que una vez dadas e implementadas estas leyes, el sector agrícola menos “eficiente” en términos capitalistas –por la calidad y organización de los recursos que controla– queda prácticamente inafecto, continuando con los métodos anteriores de producción, pero integrándose a una estructura marcadamente distinta .

1.3 Las implicancias del capitalismo para la economía de autosubsistencia

Para el contexto agrario de autosubsistencia, tal presencia del mercado pone nuevas condiciones para el desarrollo de su circuito económico. El dinero, desarrollado en representación del capital en la economía capitalista de producción, interviene en el mercado como medida de valores y equivalente general, tanto de la producción del sector de autosubsistencia como de los productos que el campesino va a encontrar y requerir en el mercado: insumos, artículos de consumo, etc. Con la presencia de estos nuevos elementos que pone el mercado, la autosubsistencia redefine sus relaciones.

Por la continua erosión de sus recursos y de los aspectos técnicos de producción, así como por los procesos de minifundización y sobrepoblación de la tierra, la autosubsistencia organizada en función de los recursos controlados directamente –o a los que eran obtenidos por vía de lazos comunales y/o de parentesco- dejan de tener eficacia para responder a todas las necesidades de reproducción del sector de autosubsistencia.

Esto revela el carácter de *recurso* que para el campesino tiene su participación en el mercado y su ingreso monetario en él obtenido, sea por la venta de parte de su producción como de su fuerza de trabajo. A su vez, el desarrollo urbano-industrial requiere crecientemente de los productos del campesino para abastecer las demandas de su mercado. Estos aspectos ponen condiciones para la formación de un comercio generalizado entre sierra y costa, y el desarrollo de un mercado permanente.

La autosubsistencia –definida como organización social que cubre todas las relaciones sociales sobre la base del *control directo* de los recursos productivos (tierra, instrumentos de producción) y el *control indirecto* de ellos a través de las

instituciones sociales de reciprocidad (trueque, waje, minka, allapakuy, etc) al interior de la comunidad y por las relaciones entre varias comunidades—, *se defiende y resiste activamente*, adecuándose a las nuevas condiciones y desarrollando autónomamente formas nuevas frente a ellas⁵.

Para el campesino comunero y minifundista esto supone la necesidad de redefinirse para subsistir. Existe una racionalidad en la participación del campesinado en el mercado; es aquí donde parece encontrar una “respuesta” a sus necesidades de completar su ciclo de consumo, no satisfecho por las bases materiales sobre las que se desarrolla la autosubsistencia. Es una respuesta entre otras; queda entre sus posibilidades el dejar la tierra y migrar, pero la persistencia de las relaciones sociales de autosubsistencia se muestra en este ingreso en el mercado.

Este hecho significa, *contradictoriamente*, no sólo la ofensiva del capital, que rompe con las condiciones materiales sobre las que se desarrollan las relaciones sociales de reciprocidad, sino que por otro lado, es *en este mismo mercado* donde la economía de autosubsistencia va a encontrar la posibilidad de acceso a un marco más completo de “su” consumo, consumo que es modificado en sus componentes materiales, pero que interviene como una forma propia de reproducción material, y de redefinición de la reproducción social del autoconsumo.

Con esto debe quedar claro que “autosubsistencia” no quiere decir que el campesino produzca todo lo que necesita para su consumo y reproducción. Esta noción *no es un criterio técnico* de organización de la producción; se refiere a un fenómeno social hacia el que va dirigido el comportamiento campesino: es decir, un tipo de relaciones sociales definidas por reciprocidad, no por relaciones de valor bajo la forma mercancía. Estas relaciones de reciprocidad redefinen internamente – por ejemplo– el uso del dinero, cuya presencia “como cosa” no desarrolla relaciones signadas por el sello capitalista de la mercancía.

Detrás de este comportamiento del campesino, dirigido hacia el control directo e indirecto del uso de los recursos –en el que el mercado significa la posibilidad de acceso indirecto– está la defensa de la comunidad de esta autosubsistencia, que significa también la defensa de su seguridad y estabilidad estructural frente al riesgo de ser absorbida por la economía capitalista.

Esto explica que en muchos casos permanezcan las relaciones de autosubsistencia aun cuando sus ingresos por la tierra representen la menor parte de su consumo, o incluso signifique “pérdidas” monetarias reales. Este ese es el caso del 73.5% de

5 Mayer, E.: *op. cit.*

los propietarios del valle de Cajamarca: campesinos minifundistas, cuyos ingresos mayormente provienen de sus actividades comerciales y de la venta de su fuerza de trabajo, y cuyo ingreso agropecuario representa sólo un 16% de su ingreso total. Y sin embargo, defienden su participación en el 5.6% del total de tierra de este valle⁶.

Se trata de una articulación de lógicas en la que el sector de autosubsistencia se dirige al mercado buscando defender su mundo de relaciones sociales, mientras que la economía capitalista fija sus objetivos en los recursos que pueden ser obtenidos de las comunidades para cubrir el mercado de consumo urbano. Se desencadena de este modo un proceso estructural en el que el sector de autosubsistencia tiende a reproducirse en forma deteriorada, desarrollando fenómenos que la economía capitalista desencadena pero no logra controlar, tales como: pauperización campesina, migraciones, semiproletarización, desempleo, etc., y que revierten en amenazas contra su misma estabilidad, sea en el plano económico y/o en el plano político.

En estos procesos el movimiento del capital se expresa en la expansión de sus determinaciones: la producción de mercancías, el desarrollo del mercado, y la participación en él de la fuerza de trabajo como hecho histórico fundamental del desarrollo del capital, que va haciendo carne, y que a diferencia de la formación del capitalismo originario en la economía de autosubsistencia no se presenta como un “desarrollo histórico” a partir de ella misma –es decir, de la maduración de sus condiciones internas de desarrollo–, sino por su *articulación histórica* a las formas de capital que van organizando económica y socialmente a la sociedad peruana. Lo “no capitalista” no guarda con el sistema capitalista una continuidad histórica como la que aconteció en la formación del capitalismo en Europa⁷. El sector de autosubsistencia se “integra” a la economía nacional cuando las relaciones sociales capitalistas están plenamente desarrolladas.

En esta articulación histórica entre la economía de autosubsistencia y el mundo capitalista, los determinantes de las relaciones sociales desarrolladas por el valor son absorbidos en un primer momento como apéndices de los determinantes del sistema de autosubsistencia. El campesino no se integra al modo de funcionamiento de los determinantes del capitalismo. Los efectos del ingreso en la economía campesina no generan los procesos del desarrollo del capitalismo originario: despojo de sus

6 Ministerio de Agricultura: “Estudio de Diagnóstico Socio-Económico del Área de Influencia. Proyecto Piloto Cajamarca-La Libertad”. Agosto 1974.

7 Rochabrún, Guillermo: *Aspectos Teóricos e Históricos de la Sociedad Peruana*, p.18. PUCP, CCSS. Setiembre 1974.

medios de producción, ingreso en el mercado como propietario de sólo su fuerza de trabajo convertida en mercancía. Los efectos de este ingreso al mercado y la participación en los determinantes que expande el capitalismo son, por el contrario, el reacomodo de la subsistencia, que ejerce sus determinaciones a la vez que va perdiéndolas, y se van generando procesos en los cuales este “reacomodo” se hace cada vez menos posible: pauperización y/o semiproletarización. Por lo tanto establece su ingreso marginal dentro del sistema. No se trata que “recién ahora entren”, sino que se ubican en una nueva posición, *posición marginal*, a la vez que *directamente* ligada a lo que va siendo la acumulación de capital.

El campesino no se integra al modo de funcionamiento capitalista de las determinaciones del capitalismo: dinero, mercancía, etc. Dentro de su circuito no circulan como formas del capital, sino que son redefinidos dentro de sus propios determinantes. El ciclo M_1-D-M_2 , que define la relación del campesino con el mercado, representa la posibilidad de mantenerse en las relaciones sociales establecidas por el auto-consumo. En el intercambio M_1-D , el dinero no es buscado sino para convertirse en mercancía nuevamente. La búsqueda de M_2 a través del dinero, de una venta de mercancía producida o de su fuerza de trabajo es una forma de completar lo que la autosubsistencia no cubre, o de afrontar las nuevas exigencias de la producción: fertilizantes, insumos, etc. necesarios ante la depredación de sus propios recursos técnicos. Sería preciso estudiar por ejemplo, la rotación de cultivos, etc.

Es muy importante señalar que la mercancía que el campesino lleva al mercado no es un “excedente”, no representa un tiempo de trabajo que no le sea necesario. Lo que se manifiesta en esas mercancías, en su tiempo de trabajo, es indispensable para su ciclo de reproducción. Es decir, se trata de un excedente *de ese valor de uso concreto*, o de esa fuerza de trabajo vendida, que ya no representa valor de uso para él en sus propios medios de producción, pero que le son *necesarios* como valores de cambio con los que obtiene mercancías que completan su consumo social de *subsistencia*. No se trata entonces de una producción que exceda a sus necesidades; ello equivaldría a decir que su consumo en el mercado es también un consumo excedente.

En estos procesos de nuestra formación social, la economía de autosubsistencia va transformando sus determinantes; el desarrollo capitalista en el país, las demandas en el mercado, plantean nuevas condiciones que se expresan en la articulación del sector capitalista y no capitalista. Las relaciones sociales implicadas en la economía de autosubsistencia van siendo afectadas: las relaciones de parentesco y las relaciones comunales, que fundamentan la reciprocidad en el autoconsumo, se ven afectadas desde el momento en que factores importantes

para la producción –como tierra y fuerza de trabajo– comienzan a formar parte de relaciones semicontractuales (renta en aparcería entre campesinos, ayni y waje con pago en dinero, etc.). Es decir, cuando cualquiera puede solicitar el trabajo de otro, sin que necesariamente haya reclamaciones comunales entre los tratantes. Las relaciones de reciprocidad, que se mantienen atendiendo al acceso de un consumo diferenciado de producción de diferentes pisos ecológicos, se debilitan igualmente cuando el cultivo de un solo producto puede mantener a la familia, comportándose como un tipo de equivalente general para toda otra mercancía.

Otro aspecto importante que debe señalarse, es el impacto diferencial que ha significado “el capital” para las diferentes regiones del agro peruano, como capital individual primero, y luego como desarrollo capitalista en el país. La presencia de diferentes capitales individuales, desarrollando circuitos de capital disímiles, y sin relación orgánica entre ellos (por el destino de la acumulación, por la organización de la producción etc.), no significa lo mismo para los diferentes espacios regionales en que se implantan y desarrollan; así mismo traen consigo exigencias de repuesta diferentes.

De aquí se derivan diferencias entre las comunidades de distintas regiones, que en su integración a los diferentes circuitos de acumulación, desarrollan formas de respuesta peculiares ante la presencia y ofensiva del capital. Esto significa que este proceso desigual de desarrollo capitalista, que integra desigualmente a las comunidades, define condiciones también desiguales de existencia. En sus relaciones internas en algunas comunidades, la diferenciación interna se reforzará y se agravará socialmente, en su articulación con un mercado monetizado, y en la disolución o adecuación de las relaciones sociales de autosubsistencia.

Por otro lado, y con igual importancia, encontramos la diferenciación de sectores sociales al interior de las comunidades. Algunos tenderán a integrarse al mundo de las ganancias capitalistas y a la acumulación –de capital, de tierras, de fuerza de trabajo semiasalariado–; otros tenderán a proletarizarse ante el deterioro de sus condiciones de existencia, convirtiéndose en proletarios y subo desocupados. Habrá pequeños propietarios y comuneros que mantendrán su acceso a la tierra, cuya forma de rotación es una “adecuación” al mercado y a las condiciones del desarrollo capitalista, *sin perder sus propios determinantes ni su orientación a la producción de autosubsistencia*. Es este sector al que directamente aludimos en el presente ensayo.

Dentro del circuito M_1-D-M_2 , el campesino y el mercado se necesitan mutuamente: el campesino, para complementar su consumo familiar; detrás de ellos, los sectores urbanos requieren de esta producción para su consumo. La

siguiente parte del trabajo intenta analizar la participación de la producción de autosubsistencia en la reproducción de los factores que intervienen en el circuito $D-M... P... M'-D'$, y las relaciones de clase que se establecen entre los campesinos y los representantes del capital.

1.4 El sector de autosubsistencia en el circuito del capital

Hemos tratado de ver cómo el sector de autosubsistencia “se” integra al mercado conservando su mundo de relaciones sociales y redefiniéndolas en este mercado. Decíamos a su vez que la producción de autosubsistencia es necesaria al mercado de consumo urbano.

La presencia del sector no-capitalista en el desarrollo capitalista del país ha tenido y tiene importantes implicaciones con relación a los costos y a la ganancia del capital. En los primeros momentos de la presencia del capital en el país —el caso de los “enclaves”— su relación con la parte no-capitalista permitía obtener un costo *capitalista* muy bajo o casi nulo de la fuerza de trabajo. Estamos pensando en el uso de la población indígena a través de los enganches. Posteriormente las formas de relación han venido cambiando, por las mismas transformaciones en los modos de funcionamiento del capital exportador y los comienzos de un capitalismo urbano-industrial, y con la formación de un proletariado radicado en las ciudades. Sin embargo, este proceso no disminuye la importancia que para el desarrollo capitalista ha tenido la existencia de los sectores no-capitalistas en autosubsistencia.

La presencia en el mercado de la producción agrícola y eventualmente de la fuerza de trabajo de la economía de autosubsistencia, es un mecanismo concreto de abaratamiento de los costos de la producción capitalista, así como de la ampliación de sus ganancias. La economía capitalista se apropia tanto de los excedentes campesinos como del tiempo socialmente necesario para la reproducción de la autosubsistencia, por la vía de la circulación e intercambio de productos: mercado, comercialización y sistema de precios.

Esto es posible dado que las leyes que establece el mercado, el sistema de precios, etc., están regidos y determinados por la lógica capitalista de producción; a ella debe someterse el sector de autosubsistencia en su participación en el mercado. El precio de los productos —que expresa una relación de cambio a través del mercado— es establecido a partir de los costos de producción del sector agrícola capitalista, que se determinan por la ley del valor. Su expresión monetaria —el precio— tiene un nivel que permite cubrir salarios y obtener ganancias, aunque bloquee para la producción de autosubsistencia, la posibilidad de reproducir su costo en dinero.

El dinero como medida de valor y como medio de cambio, expresa un valor que se fija en condiciones diferentes a las que caracterizan las relaciones sociales y las fuerzas productivas en que produce el campesino.

Para entender el trato político y económico dado a la producción agrícola de consumo interno es importante establecer la dirección hacia la que se fijan los precios. Un análisis de la política de precios mostrará que se fijan precios a los productos agrícolas *de consumo urbano*, y que el problema de la alimentación es generalmente visto – por lo general implícitamente– como el problema de consumo de la población urbana.

Detrás de “la población urbana” hay que distinguir distintos intereses presentes en este consumo. No se trata del consumo de valores de uso en sí, sino del consumo productivo del capital; específicamente, del consumo de la fuerza de trabajo. Los precios establecidos para la producción agrícola en general, mediante diversos tipos de control, buscan mantener el costo de reproducción de la fuerza de trabajo a un nivel reducido, así como responder y controlar la creciente presión de los sectores populares frente al alza del costo de vida. Esta presión se expresa en las huelgas y paros, como una búsqueda de una defensa frente a un sistema social organizado en función de la valorización del capital.

Con el consumo de la producción del sector de autosubsistencia a los precios que éste ha definido anteriormente, se consume “capitalistamente” una producción en la que la economía capitalista no ha intervenido; es decir, que no ha tenido mayormente costos capitalistas.

A través de la circulación, el capital integra a esta producción a su circuito de acumulación, ocultando el origen social de esta producción: las relaciones sociales en las que es producida y las condiciones bajo las que es puesta en el mercado, ocultan la relación de explotación presente en esta “integración” al mercado capitalista.

(i) Las condiciones en que se reproduce socialmente la autosubsistencia requiere cada vez más del mercado y de producir para éste. Tales condiciones de producción se deterioran constantemente. El campesino requiere cada vez más del mercado y el mercado está pronto a recibir su producción, generalmente de alimentos. Pero esto no implica automáticamente que el campesino produzca más, y mucho menos que consuma más. Se trata sí, de una mayor diversificación de su consumo. Conforme ha ido depreciando sus recursos, el sector de autosubsistencia ha tenido que recurrir al mercado. Los procesos de pauperización, minifundización, agotamiento de sus recursos productivos, deterioro de sus fuerzas productivas, etc., son resultado de una

integración marginal al desarrollo de la economía nacional; son resultado de la presencia de un poder económico externo a él.

Por otro lado, este proceso de depreciación ha ido acompañado por la adopción de algunos recursos técnicos que caracterizan la producción capitalista: insumos, abonos, etc., que le llegan a través del mercado, sin que esto signifique un desarrollo orgánico de fuerzas productivas, ni una organización capitalista de la producción. La introducción de estos elementos eleva sus costos monetarios de producción, sin que esto conlleve a una elevación conmensurable de la productividad. Además, en muchos casos el uso de estos recursos requiere del conocimiento de ciertos procedimientos que no siempre se da, lo que repercute negativamente en la producción misma, además de obligar al campesino a pagar el “capital” que consumió.

ii) La situación de *marginación* esbozada anteriormente, no se produce por “políticas” de marginación, si bien las políticas pueden también redundar en este efecto. Se trata, principalmente, de la poca rentabilidad de estos sectores, y por tanto la inversión capitalista no se justifica en términos de ganancia. En este sentido debe interpretarse las dificultades puestas a los minifundistas para el acceso al crédito, insumos, comercialización, etc.

La producción agrícola no-capitalista puesta en el mercado significa para la economía de autosubsistencia, por un lado, la necesidad de participar en el mercado para lograr el acceso a otros productos que completen su ciclo de autoconsumo; pero por otro, significa tiempo de trabajo incorporado en estas mercancías, necesario para la reproducción del campesino, del que se apropia la economía capitalista a través de un intercambio desigual entre precios agrícolas y de manufacturas. Esta desigualdad se profundiza en la autosubsistencia por las condiciones de producción. La economía capitalista se apropia del tiempo de trabajo requerido y necesario para la reproducción social de la autosubsistencia, retribuyéndolo en condiciones que hacen cada vez más difícil esta reproducción. O sea, se produce un deterioro.

1.4.1 Campo y ciudad: proletariado urbano y campesinado

Es importante preguntarnos a qué nos referimos con “demanda en el mercado”; los sectores sociales que ejercen esta demanda, ¿son la población urbana” en general? Es decir, ¿quiénes se apropian y/o se benefician con este mecanismo?

Cuando nos referimos a procesos que atañen a la integración al mercado de la producción de autosubsistencia, no nos referimos a una relación “técnica” entre sectores: el sector industrial que “extrae capitales” a través de la oferta y la demanda. Tampoco nos referimos a una “población urbana” que se alimenta de la población rural sin retribuirla. Ambas categorías –“sectores”, “población”–, en su generalidad impiden descubrir las relaciones sociales inscritas en esta relación. Por el contrario, se trata de una situación de *explotación*, por el capital, de las clases trabajadoras –proletarias– en su conjunto.

i) Son las burguesías industriales (nacional y monopólica) las interesadas, *al mismo tiempo*, en mantener bajos los precios de los productos agrícolas, a la vez que con ello reduce el nivel de los salarios. Es decir, detrás está el interés capitalista en mantener y acrecentar los niveles de ganancia capitalista en el sector industrial. El nivel de los salarios no está determinado por los precios, en cuanto salario real, sino por el nivel de consumo que los sectores organizados de la clase obrera principalmente, arrancan al capital, nivel que permanentemente es restablecido y redefinido por la lucha de clases.

ii) La estructura de precios y el mercado están definidos dentro de un sistema social específico, y sus leyes están establecidas por el dominio del capital en este mercado y en la producción de la cual emergen. Aquí, la fuerza de trabajo del obrero está fijada a un precio, *al igual que el trabajo que el campesino invierte en la producción*. Es a estas leyes de intercambio a las que se sujeta el campesino en su integración a la economía nacional, y esto es lo que permite hablar de él como clase dominada, a nivel económico.

El campesino se somete a las leyes del mercado, y por lo tanto debe vender al “valor” al que se producen las mercancías capitalistas. Pero la economía no-capitalista no contabiliza un “valor” incorporado a sus productos, ni es la valorización lo que orienta su producción. Así, produciendo e intercambiando por una determinada cantidad de *valores de uso*, se ve sometida a las leyes del valor de cambio que rigen a las mercancías en una economía capitalistamente dominada.

En este mercado, el capital compra un determinado valor de uso – la fuerza de trabajo– a su valor de cambio, equivalente expresado en el salario; este valor de uso producirá un plus-valor. En nuestra economía el salario –es decir, la apariencia del valor de cambio de la fuerza de trabajo– se sitúa a niveles reducidos, dada la presencia en el mercado de medios de subsistencia producidos a un costo capitalista (expresado en precio) muy bajo. (El “costo” para el campesino sólo puede medirse en el tiempo socialmente necesario de esta producción.)

Estos elementos tienen especial importancia al enfocar los intereses comunes y las formas de organización de las clases populares en su lucha contra el capital. No son, por consiguiente, los obreros del sector urbano-industrial los que están interesados en la apropiación de excedentes y en la explotación del campesinado, como podría plantearse por la *aparente* contradicción entre los intereses del obrero y del campesino alrededor de los precios de los productos agrícolas⁸. Es el mismo capital, a través de un mismo y único funcionamiento, el que origina este fenómeno, y se beneficia de él económica y políticamente.

La contradicción aparente en la circulación a través de los precios, nos lleva a la contradicción que opone a obreros y campesinos frente a los intereses capitalistas de bajar los costos de producción. En el fondo lo que se presenta es la necesidad del capital de mantener sus niveles de ganancia, a la vez que defender el orden social necesario para el funcionamiento del circuito de acumulación.

Mientras las luchas obreras y campesinas se limiten al terreno de la distribución y la circulación, esta contradicción o freno a una alianza aparecerá como absolutamente real, aunque muy apañada por diversas circunstancias (por ejemplo, el circuito de comercialización, sobre el que recae buena parte de las denuncias). Sólo cuando estas luchas ataquen las *relaciones de producción* capitalistas, esta tensión mostrará su carácter aparente.

8 Sin embargo, esta idea es la que simplistamente sostiene Rodolfo Stavenhagen, en su “refutación” de la “séptima tesis equivocada”, donde por ejemplo dice: “la clase obrera urbana de nuestros países también se beneficia con la situación de colonialismo interno. Esta es una de las razones por las que no existe en América Latina un movimiento obrero revolucionario”. Stavenhagen, Rodolfo: “Siete Tesis equivocadas sobre América Latina”, *El Día* (México, DF) 25y 26 de junio. Hay múltiples reediciones. Cfr. también el libro de R. Webb y A. Figueroa *Distribución del Ingreso en el Perú*, IEP. Lima 1975.



II PROCESO Y LÍMITES DE LA PROLETARIZACIÓN EN LA HACIENDA GANADERA LAIVE

María Isabel Remy S.

Introducción

Este trabajo enfoca las condiciones de proletarización en una hacienda ganadera, en torno al proceso de desarrollo del capitalismo en la sociedad peruana, y busca encontrar rasgos específicos de éste.

El análisis está hecho a base de la información recogida en una monografía elaborada por Víctor Caballero y por mí: “Informe Sobre la Proletarización en la Hacienda Ganadera Laive”, presentada en el curso Problemas Rurales, en el primer semestre de 1974.

La información se refiere al período 1925-1940. En esos años se da, por parte de la Hacienda Ganadera Laive, un desarrollo de la producción de lanas dirigida al mercado exterior. Entendemos que el desarrollo de la producción lanera “llamada a cubrir la rentabilidad de la tierra donde la agricultura no prospera” (Rigoberto Calle Escobar, Administrador de la Hacienda en esos años), constituye una forma de desarrollo del capitalismo en el campo.

El trabajo consta de cuatro partes. La primera se refiere al desarrollo de las inversiones que realiza la Sociedad Ganadera del Centro (SGC), propietaria de la hacienda Laive, inversiones que tendían a mejorar y a controlar la producción. Una segunda parte examina las relaciones al interior de la hacienda; aquí se plantea el problema central de este trabajo: la necesidad por parte de la SGC de destruir el ganado chusco que pastaba en sus tierras y que era propiedad de los trabajadores. En la medida en que este ganado es un medio de producción –un objeto cuyo uso permite el gasto de fuerza de trabajo que redundará en productos que serán consumidos por el propietario-productor o intercambiado para mantener un nivel de subsistencia–, su destrucción constituye una posibilidad de que el pastor pase a encontrarse “libre” de toda propiedad, salvo de su fuerza de trabajo, y que para subsistir deba permanentemente entregarla a cambio de un salario. En este trabajo discutiremos, a partir de este caso, *si el proceso de liberación de la fuerza de trabajo de por sí es*

un proceso de proletarización. Estas dos primeras secciones exponen los datos de la investigación anterior, y pretenden solo un primer nivel de análisis.

La tercera parte, sobre los límites al proceso de consolidación de las relaciones de producción capitalistas, trata de relacionar la hacienda con el resto de la estructura del país. La última parte procura desarrollar algunas ideas respecto a la integración dependiente de una economía como la nuestra, a un mercado capitalista.

Este trabajo se limita al estudio de un caso en el que se analizan las condiciones generales del funcionamiento de los capitales invertidos en las haciendas ganaderas, y de las relaciones de producción que allí se generan por la presencia del pastoreo de autosubsistencia. En tal sentido, lo que buscamos rastrear son, por un lado, procesos generales de las haciendas, y por otro, algunos aspectos de la naturaleza del capitalismo en el país. Y algo de lo que para él implicó la existencia de un contexto definido por la autosubsistencia en haciendas y comunidades, elementos o procesos que de una determinada manera se expresan y tienen una especial concreción en el caso estudiado.

2.1 La hacienda Laive (1920-1940). Racionalización de la producción

La hacienda Laive, junto con las haciendas Acopalca, Huari, Funto y Runtillo, todas en el Departamento de Junín, pertenecían a SGC, establecida por Domingo Olavegoya en 1910, y constituida íntegramente por capitales nacionales¹.

Dada la ubicación de las tierras –a gran altura– y la presencia de pastos naturales abundantes en sus grandes praderas, la hacienda Laive está dedicada básicamente a la explotación ganadera, especialmente de ovinos y secundariamente ganado vacuno. El principal interés de la producción ovina es la lana, importante producto de exportación. Es decir, la explotación ganadera se realiza en la hacienda no para el autoconsumo, sino para la venta de lana en el mercado internacional, y secundariamente para la venta de carne en el mercado urbano (Lima) y las minas. Se trata pues, a nuestro entender, de *una producción mercantil ligada estrechamente al mercado internacional*.

Respecto al tipo de ganado, anteriormente se realizaba una crianza empírica de ganado chusco en las tierras de la hacienda, degeneración del ganado “Merino” traído por los españoles. Esta situación finaliza hacia 1910-1920. A partir de entonces empieza a importarse ganado fino, especialmente de la variedad “Corriedale”, que tiene un alto nivel de adaptación a la zona –parte alta del valle del Mantaro–, y es un ganado especialmente rico en lana y carne².

1 Documental del Perú: *Departamento de Junín* tomo XII, p. 90, 2ed.

2 Calle E., Rigoberto: “Algunos Aspectos Generales del Manejo de Ovinos en las Praderas Altoandinas del Perú”.

“En parajes inhóspitos y de accidentada topografía, gracias a los adelantos de la técnica y a una indesmayable y perseverante labor, estas empresas (Sociedad Corpacancha, Sociedad Ganadera del Centro, Cerro de Pasco Co.) han logrado aclimatar a las mejores especies lanares”³.

Paralelamente a la importación de ganado fino, en la hacienda empieza a desarrollarse una técnica de crianza de ovinos bastante avanzada: aparatos especiales de esquila, equipo veterinario, bañeras especiales, medicamentos, insecticidas, cruzamiento de especies para mejorar el ganado, inseminación artificial (1938), y formación de plantales de reproductores en 1942, en un intento de evitar la permanente importación de ganado fino⁴.

Si como hemos dicho antes, la producción era dejada libremente al cuidado de los indígenas, el desarrollo de la tecnología significará el control de la producción e inversión de capitales tendientes a la producción de una mercancía –lana– en mejores condiciones y de alta calidad, para ser vendida en un mercado internacional de materias primas para la industria textil. Son capitales invertidos en perspectivas de obtener una ganancia.

2.2 Relaciones al interior de la hacienda Laive

2.2.1 Ganado Huaccha en Propiedad de los Pastores

La crianza de ganado requiere permanentemente de una mano de obra dedicada al pastoreo, cuidado del ganado, esquila, etc. En la hacienda Laive los trabajadores que llevaban adelante estas actividades, poseían –y aún hoy en las SAIS siguen poseyendo– ganado chusco o “huaccha”, que pastaba en las tierras de la hacienda.

“De los datos que se consignan en la Memoria de Ud. correspondiente al año terminado al 31 de Diciembre de 1938 se deduce que tenemos en pastos de Laive e Ingahuasi el siguiente ganado no perteneciente a la Negociación:

Vacuno	760
Lanar	5341
Caballar	351
Burros	81
Total	6533 ⁵ ”

3 Documental del Perú: *op. cit.*, p. 88.

4 Calle E., Rigoberto: *op. cit.*

5 Centro de Documentación Agraria: Folder 9. Marzo 17, 1939. Todas las referencias y citas del CDA se encuentran en el “Informe Sobre la Proletarización en la Hacienda Ganadera Laive” mencionado en la Introducción de este trabajo.

Datos como estos abundan para diferentes años:

“Examinando el número de huacchas tanto en Acopalca como en Laive sobre el total de pastores, se tiene los siguientes porcentajes:

ACOPALCA

18 pastores con menos de 100 huacchas (42% del total de pastores)

15 “ “ 100 a 200 “ (35% “ “)

10 “ “ más de 200 “ (23% “ “)

LAIVE

19 pastores con menos de 100 huacchas (30.1%)

23 “ “ 100 a 200 “ (36.5%)

21 “ “ Más de 200 “ (33.3%) ...”⁶

Sobre el destino de esta producción no sabemos mucho. Pero dada la baja calidad del ganado y la escasa inversión en su mejoramiento y cuidado, se trataría de una producción para el autoconsumo de los pastores, y en menor medida destinada a un intercambio en mercados regionales, o vendida a la misma hacienda –muy posiblemente para su reventa a pastores sin ganado.

Juntamente con la crianza de ganado en los pastos de la hacienda, los trabajadores recibían un salario que, como veremos más adelante, era inversamente proporcional a la cantidad de ganado que poseían. Además, trabajaban chacras pequeñas en calidad de colonos, cultivadas principalmente por la familia del pastor. Un elemento que parece tener bastante importancia es que este salario, por jornada de trabajo en la hacienda, era pagado al jefe de familia, pero correspondía al trabajo de toda la familia. Una carta enviada por los pastores de vacunos al Administrador de la hacienda nos muestra dicha situación, así como algo de las condiciones de trabajo y el trato a los trabajadores:

“... las vacas, sin embargo, todos los días no da lo mismo, siempre varía, un día da muy bien, otro día regular y hay días en que da poca leche; de manera señor gerente, los empleados no calculan la disminución de la leche que nos hace cargo injusto, así mismo nos hace trabajar faenas sin abonar nada (...) nos trata con mucha asperes [sic], el que más nos echa ajos y lisuras es el mantequillero (...) nos trata como si fuéramos esclavos (...) cada día nos amenaza a golpear (...) *cuando reclamamos nuestro trabajo, que todavía servimos marido, mujer e*

6 CDA: “Informe al Director de Asuntos Indígenas” Nov. 20, 1940.

hijos no están contentos, que nos exige faena diaria, pues señor el haber que ganamos, es solamente el hombre y así nos hemos cansado de tanta amenaza e insulto..."⁷

2.2.2 Intentos por Parte de la Hacienda para Eliminar el Ganado Huaccha

Tan abundantes como los datos sobre la existencia de ganado en propiedad de los pastores, son las quejas por parte de los hacendados, y los esfuerzos por eliminarlos. Trataremos de ver las razones que llevan a la hacienda a emprender esta campaña de despojo de las propiedades de sus trabajadores y qué métodos emplearon.

2.2.2.1 A qué necesidades respondía la eliminación de las huacchas.

Como vimos en la primera parte, por esta época la hacienda empieza a racionalizar la producción con fuertes inversiones de capital en la explotación ganadera, procurando desarrollarla intensiva y extensivamente.

Esto requiere, en primer lugar, controlar los pastos. La empresa debe disponer libremente de las mayores extensiones de tierra para engorde del ganado fino. En el citado informe del Administrador afirma lo siguiente, comentando los datos sobre ganado no perteneciente a la Negociación:

"Toda esta cantidad de ganado reduce la capacidad de la hacienda, situación que se agrava en años de sequía como el que ha terminado y es necesario tomar algunas disposiciones a fin de que esta situación de peligro no se agrave."

Es decir, la SGC tiene la *tierra*, una de las "fuentes primitivas de la riqueza" en términos de Marx; posee una cantidad de dinero suficiente para hacerla producir –a través de la explotación ganadera–, y una mercancía –lana– a ser puesta en un mercado fuera del país. Por lo tanto necesita controlar totalmente esa riqueza, *eliminando de ella lo que no es productivo para el capital*, aunque lo sea para los pastores: el ganado huaccha.

En segundo lugar, debe cuidar la calidad de la lana y la reproducción del ganado; la presencia del ganado huaccha significa poner esto en peligro:

- En cuanto a la calidad de la lana, el ganado chusco no está destinado a competir en un mercado de lanas importante. El pastor no invierte en insecticidas, medicamentos, bañeras especiales, equipo veterinario,

⁷ CDA: Carta firmada por 14 pastores de Laive. Julio 11, 1933. Folder N° 5.

etc.; estos productos son bastante caros y no hay cómo conseguirlos, y además no hay para qué. Por lo tanto este ganado es propenso a ser atacado por enfermedades, pestes, insectos. Una mezcla indiscriminada con el ganado fino pone en peligro la lana, e incluso puede provocar una alta mortalidad del ganado.

- En cuanto a la reproducción, el pastor sólo posee ganado chusco y no cuenta con posibilidades de importar ganado fino. Es necesario pues, evitar el cruce del ganado de la hacienda con especies de menor calidad; de lo contrario degenerará la raza.

Todo esto supone que el pastor debería dedicarse exclusivamente al cuidado del ganado de la hacienda, no pudiendo pastorear su propio ganado: junto con la tierra, los propietarios deben controlar también el *tiempo* de sus trabajadores.

Es decir, la necesidad de eliminar el ganado propiedad de los pastores surge puramente de necesidades de desarrollo técnico de la producción, las que a su vez responden a las necesidades de una elevada productividad que requiere la competencia con mercados capitalistas.

No se trata de que “a priori” los terratenientes sean una “clase” enemiga de la “clase” de pastores y colonos, ni se trata tampoco de un proyecto consciente y cruel de una “burguesía” que quiere voluntariamente despojar a los pastores de sus medios de producción y subsistencia, y “proletarizarlos”⁸. Esto surgirá como una necesidad del desarrollo “natural” de una producción de mercancías tendiente a la maximización de una ganancia, y es éste el terreno sobre el cual se desarrollan intereses opuestos, conflictos, enfrentamientos.

2.2.2.2 Cómo los propietarios tratan de llevar adelante la eliminación del Ganado Huaccha.

En general, si bien este proceso tuvo caracteres violentos a partir de actitudes represivas de la SGC, en realidad ésta tuvo que limitarse a poner trabas al incremento de las huachas, y a utilizar algunos incentivos económicos para que los pastores mismos fueran eliminando su ganado.

Uno de estos incentivos fue disminuir el salario de los pastores que tuvieran huachas en propiedad, aumentando el salario de los pastores sin ganado. La empresa alegaba que los primeros se encontraban en mejor situación; además

8 Por otro lado, el problema del ganado huaccha no es la única ocasión de conflicto entre pastores y hacienda, ni agota las relaciones de clase entre ellos.

su ganado pastaba en tierras de la hacienda (lo cual no era falso). Este tipo de incentivos salariales no tuvo los resultados esperados.

Otra forma fue el cobro por exceso de huacchas. Es decir, ante la resistencia de los pastores a proletarizarse, la hacienda aceptaba un número determinado de huacchas; por encima de él cobraba arriendo. En una carta del Administrador de Laive al Gerente de la SGC, se encuentra lo siguiente:

“Debo manifestarle a Ud. que efectivamente, por principio es conveniente seguir cobrando el arriendo por excedente, pues de no ser así, se daría un incremento incontrolado de huacchas” (29/III/1946).

En el mismo sentido, en 1939 la SGC determinó que se tomaría como condición para contratar nuevos caporales el que no tuvieran huacchas en la hacienda, así como el que aquellos que carecieran de ganado en ese momento no podrían tenerlo en el futuro.

Un método bastante interesante, que nos muestra los límites de la empresa para controlar totalmente la producción (que pasaremos a analizar más adelante) y la resistencia de los pastores a proletarizarse (fracaso de los incentivos económicos, que también analizaremos luego), es el siguiente: la hacienda entrega a un pastor carnerillos finos (en un caso que encontramos en la correspondencia de 1939, la hacienda entrega 6) a cambio de que castre a una parte de sus huacchas (60 en el caso referido), y entregue otra parte a la hacienda (24 huacchas). En este mismo año, en un caso similar la hacienda entrega 34 carnerillos finos al pueblo de Vitis, a cambio de que sean castrados 244 carnerillos y 71 carneros del pueblo.

Lo que encontramos aquí es que, necesitando *fuerza de trabajo libre* que se dedique exclusivamente al cuidado del ganado de la hacienda, la SGC termina aceptando una situación “semiproletaria”, con lo que no controla todas las actividades productivas de sus trabajadores, ni todas las tierras.

2.3 Límites a una total proletarización de la fuerza de trabajo. Competencia por mano de obra. Mercado incipiente

En el punto anterior se vio que, por un lado, los pastores no respondían al incentivo salarial para eliminar su ganado; por otro, la SGC tenía que aceptar en sus pastos el ganado de los trabajadores, sin llevar adelante su destrucción violenta. Trataremos de analizar en primer lugar este segundo aspecto, y a través de su desarrollo llegar al primero.

Habíamos dicho anteriormente⁹, que los intentos de la hacienda de eliminar las huacchas no se explicaban por un acto de “mala voluntad” de los terratenientes, sino que respondían a las necesidades de un desarrollo de la producción. En ese mismo sentido, el que la empresa deba aceptar ganado de propiedad de los pastores en sus tierras, no se explica tampoco únicamente por su debilidad para despojarlos mediante el uso de la violencia, ni por una gran fuerza y alto nivel de organización de los pastores en defensa de sus intereses. Tiene una explicación mucho más profunda: la necesidad de mantener la fuerza de trabajo ligada a la tierra.

La hacienda Laive *compite* en esos años por mano de obra en las minas de Cerro de Pasco y el incipiente mercado de trabajo de Lima. Esta competencia no puede ser llevada adelante por la hacienda mediante una oferta de mayores salarios que las minas. En principio, éstas se forman con el respaldo de un capital ya formado y que viene como inversión directa del exterior, lo que las coloca en mejor situación que la hacienda. Por su parte, esta recién inicia un proceso de capitalización; se trata además de capitales nacionales, que no pueden competir elevando salarios, y no pueden correr el riesgo de quedarse sin mano de obra. Es la escasez de mano de obra y la competencia lo que obliga a la hacienda a mantener a sus trabajadores ligados a la tierra, manteniendo en parte sus propios medios de producción y su propio circuito de intercambio, juntamente con un bajo salario. La hacienda se ve obligada a sacrificar una parte de su ganancia y de sus posibilidades de desarrollo.

La producción capitalista supone la compra de fuerza de trabajo como mercancía vendida por el trabajador –su única propiedad–; esta mercancía es comprada por el capitalista, quien la utiliza en un proceso productivo en el que genera un valor superior a su costo, lo que posibilita al capitalista el volver a comprarla en una escala mayor, así como a los medios de producción. Este proceso puesto en marcha hace que el trabajador no pueda salir del mercado de fuerza de trabajo; el fruto de su trabajo se convierte en aquello que permite al capitalista volver a comprar la fuerza de trabajo. Esta situación supone históricamente que el capital domina todas las esferas de la producción.

La situación que aquí encontramos es marcadamente distinta. Vemos que la única forma en que los trabajadores pueden hacer funcionar el capital de la SGC, consiste en que, además de su fuerza de trabajo, puedan tener en propiedad medios de producción: ganado pastando en las tierras de la hacienda. No se trata de una fuerza de trabajo “libre” en el doble sentido que Marx señala:

9 Ver página 30 “No se trata de que “a priori” los terratenientes sean una “clase” enemiga de la “clase” de pastores y colonos (...)”

“La transformación del dinero en capital, exige pues, que el poseedor d dinero encuentre en el mercado al trabajador libre y libre desde un doble punto de vista. Primero, el trabajador tiene que ser una persona libre, que disponga a su arbitrio de su fuerza de trabajo como una mercancía propia; segundo, no debe tener otras mercancías que vender. Por así decirlo, tiene que estar libre de todo, por completo desprovisto de las cosas necesarias para la realización de su fuerza de trabajo”¹⁰.

En este caso, el trabajador posee “cosas” que pueden ser consumidas o intercambiadas –ganado–, y en cuya producción puede desarrollar su fuerza de trabajo, pero no es libre de desarrollar esta producción en otra parte, dado que no posee tierras. Por su lado, la hacienda no puede despojarlo de ellas, ya que necesita mantenerlo ligado a la tierra.

Esta situación se da en la medida en que, a diferencia del proceso que señala Marx, los intentos por “liberarlo” del ganado no obedecen a la necesidad de lanzar una fuerza de trabajo libre a un mercado de trabajo y de consumo, sino que resulta de la necesidad de que reproduzcan su fuerza de trabajo sin desarrollar una producción que perjudique a la hacienda. Cualquier liberación de los trabajadores de sus propiedades *no supone su inmediata proletarización*, ni responde en todos los casos a esta necesidad¹¹. No se trata pues, de una situación de esclavitud ni de una relación servil, ni propiamente una proletarización.

Lo que tratamos de encontrar no es si los pastores elevaban o bajaban sus niveles de vida en caso de mantener sus huacchas y recibir un salario bajo, o si las eliminaban y obtenían una mayor remuneración. Lo más probable es que el ganado junto con el salario no les alcanzara más que para reproducir su fuerza de trabajo y la de su familia; para reproducir su modo de vida en las mismas condiciones

10 Marx, C.: *El Capital*, tomo I p. 176. Editorial Cartago, Buenos Aires 1973.

11 La liberación de la fuerza de trabajo de sus medios de producción no tiene por qué remitirnos en todos los casos a una “acumulación originaria”; ésta expresa un conjunto específico de fenómenos concretos –“síntesis de múltiples determinaciones”–. Un claro ejemplo de esto lo encontramos en una carta de Marx al director de la revista rusa “Anales Patrios” en 1877: “En diversos pasajes de *El Capital* aludo al destino que les cupo a los plebeyos de la antigua Roma. En su origen habían sido campesinos libres, cultivando cada cual su propia parcela. En el curso de la historia romana les fueron expropiadas. El mismo movimiento que los separó de sus medios de producción y subsistencia, trajo consigo no solamente la formación del latifundio, sino también la de grandes capitales monetarios. Así, una bella mañana, aparecieron de un lado hombres libres, despojados de todo, salvo de su fuerza de trabajo, y de otro, a los poseedores de todas las riquezas adquiridas, para explotar este trabajo. ¿Cuál fue la consecuencia? Los proletarios romanos se transformaron no en trabajadores asalariados, sino en un *mob* de desocupados, más abyecto que los ‘*poor whites*’ que existieron en el sur de los Estados Unidos, y a su lado se desarrolló un modo de producción que no era capitalista sino esclavista. Así, acontecimientos muy semejantes pro que acontecen en situaciones históricas diferentes, conducen a resultados totalmente distintos. Estudiando por separado cada uno de estos y luego comparándolos, se encontrará fácilmente la clave de este fenómeno, pero nunca se llegará ahí mediante la llave maestra de una teoría general histórico-filosófica cuya suprema virtud consistiría en ser supra-histórica”. Marx, C. y Engels, F.: *Correspondencia* p. 290-291. Editorial Cartago, Buenos Aires 1975.

socialmente necesarias, con la consecuente proletarización de los pastores, de modo que permitiese mayores niveles de acumulación de capital a partir del “doble molinillo” al que Marx alude¹². Sin embargo esto tenía una serie de límites y obstáculos que brotaban de la estructura de la sociedad.

Esta situación de semiproletarización no es casual. El intento de desarrollar capitalistamente una unidad productiva no responde a un desarrollo global del capital en todas las esferas de la producción del país. Al lado de la gran hacienda que empieza a producir mercancías para la exportación, existen empresas que funcionan con un capital ya formado; no se da una emigración de fuerza de trabajo fruto de un desarrollo capitalista en la producción de otros sectores, como las comunidades, donde abunda la fuerza de trabajo y es capitalistamente poco productiva, porque la comunidad subsiste sin estar dominada totalmente por el capital.

No existe un mercado interno que esté introduciéndose de manera significativa en la reproducción social de la fuerza de trabajo, y de ahí que la mayor disponibilidad de dinero que ofrece la hacienda no constituya un incentivo para la destrucción voluntaria de la producción de autoconsumo. No existe una producción industrial importante que desencadene procesos capaces de ampliar el mercado interno, y que obligue a los trabajadores –incluso violentamente como en los XV y XVI en Europa– a despojarse de sus propiedades, y a entrar como productores y consumidores en un circuito capitalista. No existe en el país una clase que esté impulsando un desarrollo capitalista totalizante que requiera de aquello; no hay una burguesía que controle el aparato estatal como apoyo a un proyecto nacional.

Existe, por el contrario, un Estado “oligárquico” con síntomas de deterioro que basa su forma de dominación precisamente en la existencia de relaciones “pre-capitalistas” al interior, y junto con esto, unidades productivas que empiezan a desarrollar una alta tecnología y un mayor control sobre el total de sus propiedades para la producción de sus mercancías; lo que empieza a requerir determinadas relaciones sociales de producción¹³.

12 “Al extraer de manera incesante su producto al trabajo, y llevarlo al polo opuesto, el capital, este proceso impide que su elementos conscientes lo abandonen. El consumo individual, que los mantiene y reproduce, destruye al mismo tiempo sus medios de subsistencia, con lo cual los obliga a reaparecer constantemente en el mercado”. “... el proceso de producción capitalista reproduce, pues, por sí mismo la separación entre el trabajo y las condiciones de trabajo (...). El doble molinillo triturador del proceso que lanza siempre al primero como vendedor de su fuerza de trabajo y siempre convierte su producto en medio de compra para el segundo. El trabajador pertenece en los hechos a la clase capitalista, antes de venderse a uno cualquiera”. Marx, C.: *El Capital*, p. 550 y 533-4. op. cit.

13 Son relaciones de producción y no solo de trabajo, en tanto que lo que está en juego no es únicamente una organización empresarial. En este cambio están incluidos una serie de otros elementos, tales como el consumo, el mercado, formas de reproducción de la fuerza de trabajo y relaciones de propiedad.

Conclusiones

A modo de recapitulación tenemos lo siguiente:

- Al interior de una unidad productiva se da una inversión de capital destinada a la importación de medios de producción, para obtener una mercancía en vistas a obtener una ganancia.
- Esta mercancía es vendida fuera del país en un mercado capitalista, y consumida fuera como materia prima necesaria para poner en marcha la industria textil. Entra pues, como parte del capital en un proceso destinado a valorizarlo.
- Su producción no responde a las necesidades de un desarrollo de la producción capitalista dentro de la sociedad peruana. Responde y se integra perfectamente a un mercado externo en expansión permanente, lo cual crea la necesidad de un aumento intensivo y extensivo de la producción. Esto se realiza mediante la importación de una tecnología avanzada. Este desarrollo de la producción requiere ir modificando las relaciones de producción, de modo que adecuarlas a una mayor racionalidad capitalista, lo que encuentra límites en las condiciones generales de la organización económica y social del país.

Laive, como un caso donde se da este tipo de integración, no es algo aislado. La característica central de nuestra integración a un mercado capitalista fue el desarrollo de núcleos de producción de materias primas para la exportación, requeridas por la expansión de la industria en los países donde el capital se desarrolla originariamente. Estos núcleos no botan de un desarrollo capitalista interno; están integrados y pertenecen a un circuito capitalista internacional, y en la medida en que su producción se desarrolla van requiriendo e incorporando rasgos capitalistas¹⁴.

Al interior de estas unidades de producción, enclavadas en un marco de relaciones no capitalistas, se pudo o no desarrollar una relación salarial; pero esto tuvo que convivir con relaciones no capitalistas, e *incluso reproducirlas*, y que sólo se fueron eliminando, sólo fueron sujetando la fuerza de trabajo al capital bajo modalidades capitalistas, de acuerdo a las necesidades creadas por una producción

14 Quijano llamará a este curso, “proceso de desarrollo capitalístico”; es decir, que va en una dirección capitalista. Véase, *Redefinición de la Dependencia y Marginalidad en América Latina*, en Quijano, Aníbal, y Weffort, Francisco: *Populismo, Marginalización y Dependencia*, especialmente p. 210-211. EDUCA, Costa Rica 1973.

capitalista que se desarrollaba fuera del país, y según las posibilidades económicas y políticas internas.

No se trata de una “acumulación originaria”; esta se dio en un momento histórico específico, único, propio de los orígenes mismos del capitalismo como fenómeno histórico irrepetible. Cuando el capital llega a nuestras sociedades, llega ya formado y funcionando como capital productivo; existe ya un circuito económico coherente (producción, distribución, circulación y consumo) funcionando con un sentido específico: la producción y realización de la plusvalía a escala ampliada.

Tampoco se trata de “capitalismos deformados”, como si hubieran sufrido alguna “anomalía”. Se trata de un capital que en su expansión va integrando *segmentaria y dependientemente* ramas productivas, zonas, de acuerdo a su propia lógica. Es a partir de esta integración segmentaria que núcleos de relaciones capitalistas irán expandiéndose y/o limitando su expansión de acuerdo a las relaciones sociales materiales que van a ir encontrando, integrándolas o destruyéndolas. Este desarrollo del capitalismo a nivel internacional, que en su avance va integrando a su lógica la producción que necesita, no supone un desarrollo unilineal: las formas como va integrando relaciones no capitalistas o las va destruyendo, van conformando una formación social específica, que si en términos generales se adecúa a las leyes del movimiento del capital, van adecuándose a circunstancias concretas, desarrollando una serie de sectores, grupos, que sobre este escenario irán enfrentando o uniendo intereses.



III. NOTAS SOBRE LA IDIOSINCRASIA CAMPESINA¹

Bibiana Maza

Trataremos en este capítulo de dar algunos lineamientos básicos para entender la idiosincrasia campesina; es decir, la ideología básica alrededor de la cual gira la cultura campesina. Deben tomarse, antes que nada, como proposiciones aún poco elaboradas y que deben discutirse entre los interesados en esta problemática, fundamentalmente con los mismos campesinos.

En el capítulo siguiente trataremos de aplicar la presente discusión en el análisis de dos movimientos de reivindicación campesina a fin de probar su validez.

3.1 La tierra y el trabajo en la ideología campesina

Consideramos que la tierra y el trabajo constituyen la matriz básica sobre la cual se sustenta y desarrolla la ideología de los campesinos.

El trabajo es una constante en la vida del campesino. Desde que tiene fuerzas suficientes para ello, los albores de su pensamiento e ideas propias se relacionan con la responsabilidad que el trabajo, conjuntamente con sus padres, le impone.

La niñez en las ciudades viene a ser exclusiva responsabilidad de los padres que cuidan, protegen y educan a sus hijos, procurando siempre que el trabajo que en la sociedad vayan a desempeñar sea el menos duro posible, y de preferencia el trabajo intelectual y profesional.

En el campo no existe niñez para los hijos campesinos, sino que tienen que trabajar conforme tienen fuerzas para ello en la dura y cotidiana tarea doméstica, agrícola y pecuaria. El niño campesino comienza a trabajar cuidando a sus hermanos, acarreando agua, recogiendo leña, cosechando papa, maíz, etc. Luego vendrá la responsabilidad de cuidar los animales: ser pastor. Y cuando sus fuerzas

1 Cap. III de *Estudios Socio-económicos de Bambamarca*, de Bibiana Maza

lo permitan, cogerá pico y lampa para trabajar todo el día al lado de su padre. En este sentido, el despertar de su raciocinio se relaciona con su capacidad de trabajo y la responsabilidad que éste representa.

Paulatinamente, y sin que esto represente aprendizaje consciente, descubrirá que el trabajo proporciona alimentación, vivienda, vestido; y todo esto en estrecha relación con la tierra. Nadie alrededor suyo (padres, hermanos y vecinos) deja de trabajar. Internaliza así el trabajo como una cuestión natural, y se sentirá hombre pleno cuando pueda trabajar igual o mejor que los adultos, aunque no llegue a tener más de 15 años.

Anhelará que su padre lo lleve hasta otros pisos altimétricos en búsqueda de alimentos o cuando migra temporalmente en búsqueda de trabajo para los dos.

El período escolar, actualmente más generalizado, representa un ejercicio intelectual de aprendizaje que siempre queda trunco, y que no va más allá de aprender a leer y escribir, pues la educación intelectual que los padres reclaman como gran valor tiene limitaciones estructurales y no ofrece futuro.

El desarrollo de su responsabilidad y la seguridad que puede adquirir están directamente relacionados con su capacidad física y la habilidad con que desempeñe los trabajos propios del campesinado, generalmente de faena ruda y gran desgaste físico. Esta seguridad tiene la limitación de estar enmarcada sólo a los trabajos agrícolas y pecuarios no tecnificados; ante otro tipo de trabajo, sea o no especializado, estará inseguro, y su aprendizaje y adaptación será necesariamente más larga. Esto acontece cuando el campesino sale de su medio ambiente hacia los centros urbanos, pero mientras permanezca en él objetivamente siente que mientras tenga fuerzas y tierras que trabajar, siempre tendrá para vivir.

A través del trabajo sus relaciones familiares y sociales cobran un sentimiento solidario para la explotación de la tierra, ya que desde niños ninguno acostumbra a vivir del trabajo de los otros; es decir, nadie come por mano ajena. En este sentido, el trabajo viene a ser uno de los ejes centrales de referencia al campesino para entender su vida, el mundo que lo rodea, y las vivencias que sus relaciones sociales proporcionan y desarrollan.

De allí brota un espontaneísmo solidario con sus iguales, y con los extraños que requieren de su apoyo y hospitalidad, y un arraigado sentimiento de valorización de las personas por lo trabajadoras que son. Con ello, desafortunadamente el campesino no valoriza el trabajo como generador de la riqueza, sino simplemente como medio normal de vida que todos los campesinos pueden y deben realizar.

El trabajo hermana a los campesinos, les uniformiza criterios de entendimiento del mundo que les rodea, y constituye la fuente de valoración primordial que rige sus comportamientos, actitudes y relaciones humanas y sociales. Por la forma como internalizan el trabajo y lo practican toda su vida, en sus raíces encontraremos bases solidarias antes que individualistas; y como no valoran el trabajo por la riqueza que produzca, nunca conscientemente buscarán vivir bien a costa de la explotación de otros.

El campesino tiene como fundamento de orgullo personal su capacidad y habilidad para los trabajos, por eso en las labores de deshierbo y aporque (también la siembra) generalmente se compite a quién lo hace más rápido y mejor. Los primeros en estas faenas estarán ufanos de serlo y tendrán el respeto y la admiración de los demás, que les reconocen mando. En síntesis, el mundo campesino valora el trabajo como vida y la vida para ellos es trabajo.

3.1.1 La Tierra:

El otro factor de la idiosincrasia campesina es la tierra. Desde pequeño se contacta con ella y se desarrolla en ella.

Cuando realiza las tareas de sembrío y culturales saborea la rudeza de trabajo que exige la tierra para dejarse cultivar. Aprende desde niño todas sus veleidades y secretos. Cuándo será más fácil ararla, deshierbarla y trabajarla, por la cantidad de humedad que tenga y la clase de tierra que fuera. Relacionándola con el clima, aprenderá cuándo es favorable hacer la siembra de un cultivo, y siempre estará pendiente del clima que trae sus enemigos mayores: la ranca y la helada. Pero lo que descubre y asume cuando llega a la plenitud de su juicio es que la tierra es todo; mejor dicho, lo da todo.

Siendo hijo de familia, vive comprobando que sus padres obtienen todo de la tierra que trabajan y con ello viven y se mantienen. Cuando quiera separarse del seno familiar y formar una familia propia, la importancia de la tierra adquiere dimensiones nunca antes sentidas. Con un pedazo de tierra que obtenga, sea por herencia o por compra, todos sus problemas de establecimiento de hogar están resueltos. Construye allí su vivienda, siembra los cultivos que conformarán su autoconsumo: Cubriendo así su alimentación, ya está en condiciones de buscarse medios para obtener otras comodidades en el mismo nivel campesino, porque a nadie le gusta tener un hogar vacío, además que resulta vergonzoso y tema para los vecinos.

Es en este momento cuando comienzan a surgir con fuerza los sentimientos individualistas. Antes fue trabajo solidario, compartimiento familiar de lo que había y también de lo que no había. Ahora se trata de obtener la tierra que da todo, y esto solo se puede hacer en forma individual, sea por repartimiento hereditario, compra o arrendamiento de quienes tienen de sobra, como los hacendados. Es clarísimo que el campesino sabe y comprueba que quien tiene mayor cantidad de tierras vive mejor, y su secreto anhelo será asegurar de por vida la cantidad suficiente para no vivir con apuros y hasta con cierta comodidad, aunque resignadamente afirme que se contenta con lo que Dios le da.

El campesino es capaz de hacer todo para obtener las tierras que necesita. Deja de comer para ahorrar las sumas necesarias para la compra, se pelea con sus hermanos por trozos de tierra en la repartición, y si puede los desplazará, pero dentro de los límites de respeto del derecho ajeno. Cuando por diversos motivos y situaciones ve amenazada la posesión o propiedad de la tierra que cultiva, luchará con todos los medios a su alcance por conservarla y participará activamente en cualquier movimiento u organización que le pueda proporcionar acceso a la tierra.

El acceso a la tierra y su consolidación en ella ejercen el mayor poder sobre el campesino. Combatirá a quienes le cuestionen su propiedad privada y le hablen de propiedad social. Apoyará incondicionalmente a quienes le proporcionen (cediendo o vendiéndoles) tierras que van a trabajar en forma individual; de sentirse amenazado en esta posesión, peleará con todas sus fuerzas y medios a su alcance para conservar la tierra.

Su mentalidad individualista tiene entonces una gran base en la posesión de la tierra, porque quien la tiene lo tiene todo, vive familiarmente y vive contento, aunque sea miserablemente. Recíprocamente la posesión o propiedad de la tierra ejerce sobre el campesino un enorme poder de movilización y organización. Sin temor a exagerar, se puede afirmar que quienes intenten tocar y cuestionar los derechos de los campesinos sobre la tierra, alterando mínimamente sus costumbres, propiedad y posesión, tendrán a todo el campesinado en contra, mientras no demuestren objetivamente que los cambios les pueden favorecer.

3.2 El Individualismo Histórico

El individualismo, que desde los españoles genera el acceso a la tierra entre los campesinos, requiere algunas líneas históricas explicativas. El trabajo solidario y comunal y la ausencia de propiedad privada de la tierra durante el incanato mantuvieron el espíritu comunal por sobre la riqueza individual. Las tierras servían

para la satisfacción de las necesidades colectivas para el bienestar social, y en ese sentido fomentaban la solidaridad antes que el individualismo.

Los españoles expropiaron las mejores tierras a nuestros antepasados, los explotan directamente en las minas, en las encomiendas y se enriquecen por la fuerza sin trabajar en lo mínimo. En decadencia la minería, y sin mayor desarrollo de otras ramas de producción, el bien más codiciado en el Perú resulta siendo la tierra, que por sí sola no vale nada, pues requiere de una cantidad de "indios" para explotarla.

Ellos fueron los dueños ancestrales de la tierra y la expropiación debe ser violenta, bajo el pretexto de la sacrosanta propiedad privada y las leyes que lo rigen; el campesino durante siglos ve cada vez más reducirse su parte de las tierras que fueron suyas.

Expulsado de su medio vuelve a tener la tierra a cambio de trabajar como siervo en las haciendas y latifundios, y esto en forma individual, porque a poco que se organice, el hacendado lo bota. Se tendrá la tierra si se está bien con los dueños, y las cantidades que éste ponga a su disposición dependerán del servilismo y dedicación que demuestre al dueño, y de que se muestre pasivo.

Las pocas tierras que puede obtener en propiedad privada representan una liberación total de este sistema explotador y opresivo, y esto se obtiene en forma individual, porque colectivamente no se lo permiten las clases dominantes.

Las comunidades campesinas siempre estuvieron luchando con los latifundios que les usurpaban sus tierras. Las que sobrevivieron a lo largo de la historia cedieron a la presión del resto del sistema, que instaura la propiedad individual como forma generalizada. Esto dividió las tierras comunales en parcelas de conducción privada e introdujo grandes desigualdades al interior de las comunidades, con lo que el espíritu solidario comunal es reemplazado por el individualismo que se generaliza a todo el campesinado del Perú.

La única manera de librarse de la explotación directa y servil de las haciendas y de mejorar la posición y mantenerla dentro de las comunidades resulta siendo la obtención de propiedad individual, de facto o legal, sobre la tierra. A esto debemos agregarle la relación del campesinado con el resto de la sociedad nacional, que fomenta el individualismo en todas sus formas de desarrollo histórico, que corresponde también al desarrollo del capitalismo en la nación.

El individualismo del campesino respecto a la propiedad o posesión de la tierra es el resultado y la respuesta a un régimen de explotación directa e indirecta, al que desde hace siglos es sometido. Ha sido generado como la única manera de obtener

lo mínimo necesario para vivir en paz y trabajando libremente. Este individualismo lo encontraremos muy acentuado en las zonas minifundiarias, que es donde, como hemos visto, la tierra representa todo. No es entonces, en esencia, aquel de la urbe que busca el desarrollo y surgimiento personal, el vivir cómodos a costa del trabajo de otros, producto del espíritu capitalista burgués.

Los mercados modernos también acentúan el individualismo, pues valoran el poder adquisitivo que tenga en la compra y venta de los productos y mercancías. El campesino en el mercado participa individualmente; semanalmente gana y pierde en la misma medida, y se acostumbra a vivir de esta forma, con lo que el individualismo se desarrolla. A los comerciantes también les interesa mantener y reproducir este individualismo, porque así ellos realizan mejor sus tasas de ganancia.

En resumen, históricamente la explotación directa generó el individualismo como única respuesta libertaria posible, en cuanto a consolidación y mantenimiento, y la explotación indirecta comercial la mantiene y reproduce por conveniencia.

La seguridad de posesión o propiedad de la tierra en forma individual es el equivalente de libertad por el que siempre ha luchado el campesino.

3.3 Cosecha: inseguridad y religiosidad mágica

Los campesinos en general están librados a las condiciones naturales y climatológicas para el aseguramiento de sus cosechas anuales, y en menor escala para la manutención de sus animales. Los campesinos con poca tierra, al secano y de un solo cultivo anual, dependen con mayor intensidad de las condiciones naturales y climatológicas para asegurar las cosechas.

El campesino realiza todas las tareas que demanda la agricultura con amor, no exentas de cierto ceremonial religioso. Siente enorme satisfacción cuando termina de sembrar o cualquier otra labor cultural, pero el trabajo sobre la tierra, para que pueda cristalizarse en cosecha, está librado plenamente a las fuerzas naturales de la región cuyos secretos desconoce completamente. Realizada la siembra, múltiples factores naturales pueden perder parcial o totalmente la cosecha: exceso de lluvia, falta de lluvia, las heladas y la ranca como las causas principales y más conocidas.

Donde hay riego es posible controlar en parte las dos primeras, y la ranca con algunos productos químicos aplicados a tiempo, pero el hielo es casi imposible de controlar. Sin embargo, estos controles implican una cierta tecnificación elemental de las tareas agrícolas, que el campesino medio no las practica, no las conoce ni utiliza.

Mientras el clima sea normal y favorable para los cultivos, se sentirá contento y agradecido de aquello que hace que las condiciones marchen bien. Pero cuando peligran sus cultivos le invadirá una profunda impotencia, y se sentirá inseguro de sus propias fuerzas, puesto que en estos trances de nada vale todo el trabajo y dedicación que ha puesto en sus cultivos.

Desearía ordenar al “cielo” que llueva, que deje de llover, que no mande racha, ni tampoco que hiele y también a sus plantas le ordenará (como manifestación de deseo) que resistan las inclemencias del tiempo, que sobrevivan, y que de todas maneras den sus frutos. Algunas veces el clima adverso cambia y serán “cumplidos sus deseos”; pero en otras se perderán sus cosechas, y entonces creerá que el ente personificador de la fuerza oculta de la naturaleza es injusta, y/o se encuentra enojado con su persona. Así tenemos una relación mágica del campesino con la tierra y su medio ambiente, porque las pérdidas de las cosechas representan daños desastrosos, como la hambruna permanente hasta un nuevo intento de cosechar.

Estando la cosecha fuera del alcance de su poder y su capacidad de trabajo, tendrá permanente inseguridad hasta la maduración plena de los cultivos, y como desconoce los secretos del desarrollo vegetal y de la imprevisible naturaleza, reconocerá un poder superior, mágico, que regula y ordena todo aquello que él no puede someter y regular. Este es el núcleo de la religiosidad que demuestra; la sustentación de sus prácticas de magia, hechicería y brujería, que popularmente denominan “daño” de nuestros enemigos.

En el plano religioso se manifiesta claramente como un clientelismo con Dios, utilizando la intermediación de los santos en la religión católica: “Si me concedes buena cosecha, celebraré bien tu fiesta”. “Soy fiel cumplidor y gasto bien en tu culto, pero concédeme buenas cosechas”. Estas dos frases pueden resumir la religiosidad mágica del campesino, que se encuentra como parte integrante de su fe.

3.4 La tradición

En el seno familiar las relaciones dominantes son de padres a hijos, siendo el hombre eje y centro del poder y decisión. Los hijos de los campesinos están sujetos completamente a la autoridad paterna, y por tanto, a los usos, costumbres y tradiciones que entre los adultos son dominantes y que internalizan en el seno familiar.

Hay que considerar que la tradición cultural de los campesinos tiene valores y desarrollos propios, como síntesis de la fusión de elementos culturales nativos y

españoles. Aunque integrados económicamente al resto de la sociedad nacional y especialmente a una ciudad, todo el ámbito campesino presenta signos de lento cambio cultural y, por tanto, de una férrea conservación de las tradiciones y costumbres ancestrales.

El estudio de la tradición y de sus cambios, siendo importante, no lo hemos abordado sino desde una perspectiva muy parcial, en el sentido de cuánta resistencia pueden ofrecer a los cambios e innovaciones especialmente de tipo técnico. Una proposición que tiene aún incipiente elaboración nos muestra que hay una relación fuerte entre incentivos o rendimientos económicos favorables que introduzca un cambio y el grado de aceptación que obtenga éste. Es decir que, a mayor beneficio (objetivamente palpado), mayor aceptación o apertura al cambio y viceversa. Por ello encontraremos que en zonas donde el uso de abonos y pesticidas ha sido un éxito, en que se han tenido mayores cosechas antes no vistas, el resto de los campesinos querrá utilizarlos, aunque esto vaya contra su creencia religiosa que las cosechas son según la voluntad de Dios.

3.5 Las necesidades de dinero

Un elemento que no pertenece íntimamente al mundo de las ideas campesinas pero que rige muchos aspectos de su comportamiento es el dinero. Por las necesidades indispensables de contar con sal, azúcar, fósforos y kerosene (como expresión mínima), y porque en la actualidad ningún campesino por más aislado que se encuentre puede vivir exclusivamente del autoconsumo, necesita tener dinero para comprar artículos de uso necesario que la tierra no le proporciona. Esta necesidad de liquidez llega a extremos inverosímiles de valoración de las cantidades que se recibe por los productos y la cantidad con que se paga por otros, dentro de un contexto de campesinos minifundistas.

Saben cuánto van a recibir por sus cosechas y trabajos artesanales u ocupaciones eventuales, y saben también cuánto tienen que gastar en comprar alimentos complementarios, zapatos, vestidos, herramientas, etc., todo esto sin que tengan ingresos y egresos fijos mensuales o debidamente planificados.

Lo que parece ser una preocupación general que le da ciertos visos de prevención de los ingresos de dinero necesario, es el que cuando lleguen las fiestas patronales no les encuentren “calatos”; entonces realizan una serie de actividades tendientes a conseguir dinero para la fiesta.

Por lo demás, es claro que todo campesino minifundista tiene al centímetro un equilibrio entre sus ingresos y egresos monetarios, aunque siempre resulte

endeudando parte de su cosecha hacia el final del año o a inicios de la nueva temporada de siembra. En este sentido, la escasez de ingresos que pueda obtener lo mantendrá siempre a la expectativa de querer aumentar sus ingresos y gastar lo menos que sea posible.

Al relacionarse con el mercado su conducta tendrá visos de agresividad defensiva, que lo lleva a gastar sólo lo estrictamente indispensable, y a evitar a cualquier costo gastar su dinero. De allí que un gasto mayor que su liquidez disponible siempre será rechazado con fuerza; si llega a realizarse será porque el campesino está plenamente convencido que no tiene otro camino mejor.

Un gasto que afecte sus intereses económicos y que ataque su siempre deficiente bolsa, causará en el campesino una gran mortificación, un anhelo de suprimirlo o eludirlo, sin que perjudique intereses mayores, como la tierra donde viven y trabajan; y en ello se jugará entero.

